

Elogio de la Lengua Portuguesa

Luis Jaime Cisneros

*A la memoria de Alberto Escobar,
colega inolvidable, amigo ejemplar.*

Dante coloca el rey Denis entre los monarcas avaros (*Commedia*, Par. XIX, 139-141). Cuarenta y seis años gobernó Denis en Portugal, y entre avaros lo sitúa el Alighieri. Sin embargo, la historia y los portugueses reclaman a Denis como a uno de los gobernantes más ilustres. No en balde Alfonso III había querido para este hijo una segura educación artística. Por eso la historia literaria postula a don Denis compartiendo gloria y renombre con Alfonso I de Castilla, su abuelo al fin y al cabo. Con él se vincula el empeño de que la lengua vulgar reemplace a la latina. Su nombre se halla inscripto en las actas fundacionales de la universidad en 1290, y la tradición repite ese nombre cuando preguntamos por el promotor de la primera versión portuguesa de la *Geografía* del moro Rasis. Tales hechos resultan realmente significativos, y en virtud de ellos tiene don Denis garantizado sitio en la gratitud y el recuerdo de los portugueses. Entre los poetas profanos, nadie de obra más numerosa: 138 cantigas. Avaramente se conservaron negadas al goce de varias generaciones, y todavía ignoramos si el *Livro das trovas del rei don Denis* que el rey Duarte tenía en su biblioteca era el mismo que, a fines del siglo XIII, fue descubierto en la biblioteca vaticana. Lo repito: nada menos que 138 cantigas: en ese centón hallaron acogida cantos de amor, cantos de amigo y de escarnio:

Ai, flores, ai flores do verde pino!
Se sabedes novas do meu amigo?
Ai Deus, e ué?

Las flores le dirán a la enamorada que el ausente está gozando de buena salud, y muy pronto ha de recibir ella noticias de que él está al llegar. Pero, aunque el día señalado se ofrece por entero, el amado no viene:

Non chegou, madr', o meu amigo,
e oj' est' o prazo saído.
Ai, madre, moiro d'amor!

Pero, como todo en la vida, la verdad se apresura y no se hace esperar. Y la verdad no deja de ser amarga:

Ai, fals' amigu' e sen lealdade!
Ora vej'eu a gran falsidade,
con que mi vós a' gram temp' andastes

Una luz mortecina, sin embargo, se refugia allí en lo hondo de este corazón adolescente y lo ilumina como esperanzada alucinación. Quizá no convenga dar crédito a celos ni a sospechas. Tal vez quienes afirman conocer la verdad no estén en lo cierto. ¿Por qué no admitir que el amado ausente la quiere (y la sueña) todavía? ¿Por qué no imaginar que está tratando de buscar la reconciliación? Y ocurre que las cosas hacen pensar que tal vez sea ésa la verdad, que todo parece ser verdad:

Meu amigo vem oj' aquí
e diz que quer migo falar,
e sab' el que mi faz pesar,
madre...

Ah, pero la vida tiene sus encrucijadas y sorpresas, y muchas veces le tocan al amor ocasiones fallidas. Y es que este amado es perjuro. Es perjuro, y miente. La esperanza se ha trocado ahora en un triste juguete roto, y lo vemos reflejado en este diálogo con toda intensidad:

—De que morredes, filha, a do corpo veliido?
—Madre, moiro d'amores que mi deu meu amigo
Alva e vai liero

- De que morredes, filha, a do corpo louçano?
 –Madre, moiro d'amores que mi deu meu amado.
 Alva e vai liero¹

Claro es que este rey no nos brinda realidad alguna desconocida sino que describe, a su modo, cómo era esta inquieta alma femenina del noroeste y este de la península. Un momento de la psicología femenina reflejado en la lengua, casi una biografía sentimental de tanta doncella portuguesa de mediados del siglo XIII. Y ya estamos en el umbral de este trabajo, en que mi evocación quiere juntar los nombres del ilustre romanista de München, el profesor Hans Rheinfelder y el de Alberto Escobar, recién doctorado en Alemania, que había sido mi alumno en San Marcos y que terminaría siendo, con los años, el gran maestro que fue para muchos de nosotros. Almorzábamos en la primavera de 1957, en el Chalet Suizo, situado en La Colmena, y nuestra conversación de pronto se centró en torno de algunas ideas de Carolina Michaelis de Vasconcelos y Teophilo Braga. A esa conversación, enriquecida por la sabiduría y el buen español del profesor Rheinfelder, y en homenaje a la permanente presencia de Alberto Escobar, van dedicados estos apuntes.

La charla se inició pregunta tras pregunta. ¿Por qué persistía esa versión de que la lengua portuguesa estaba mandada hacer para el sentimiento y el amor? Que no era fruto de la sinrazón lo confirmaba el hecho de que se viniera repitiendo de siglo en siglo.

La lengua nos inquieta

La inquietud por las lenguas es antiguo privilegio del hombre. Acostumbrados a que la lengua cumplía su oficio de 'decir', nos perturba tropezar en una secuencia sonora cuyo secreto se nos impone y nos desconcierta porque, siendo como es, evidentemente, *lengua*, nos deja en tinieblas, privados de significado. Y sin embargo, esa sensación que con tanta certeza nos asiste frente a un texto germánico o eslavo, para no hablar de lenguas africanas, se nos desvanece

¹ *Cantigas del Rei D. Denis*. Edição Alvaro Julio da Costa Pimpão (Lisboa, Livraria Classica, 1942, tomo I, 22-23).

en cuanto se trata de la lengua portuguesa. Al margen de que pueda o no atraernos la melodía (y habrá ingenuos que aludan solemnemente a esa “musicalidad”), lo cierto es que con sólo aguzar el oído y con ayuda de nuestro saber idiomático, entendemos. Vivimos rodeados siempre (y a veces sin percatarnos) de hondas preocupaciones lingüísticas. Lo sabe bien un profesor, asediado por preguntas sobre cuál es la lengua más prestigiosa y sobre si vale la pena aprender inglés antes que ruso o japonés.

En los organismos internacionales ya casi no hay lengua que pueda reputarse como vitanda. En el Comité Olímpico Internacional, el español acaba de ser reconocido como lengua oficial. Lo curioso es que en el torbellino de lenguas que se esgrimen con derecho a tener prioridad, o por lo menos alternativa, nunca suele figurar el portugués. Y no ciertamente porque haya quienes ignoren su existencia. Algo más: sobre él llueven todavía preguntas anunciando que se vive con certeza su fluidez, su presencia activa: ¿se parece al español?; ¿no es verdad que se parece más al italiano?; ¿en qué se fundan los que afirman su parentesco con el sardo?; ¿qué es el sardo, profesor Cisneros: es lengua, es dialecto, o es algo así como el esperanto, que tiene de todo un poco? ¿Podemos afirmar que el portugués es más rico que el español; tiene más palabras, otro sistema fonológico; tiene tantas /e/ como el francés? ¿Es verdad que tiene un infinitivo flexional? ¿Es verdad que *presunto* quiere decir *jamón*?

Lenguas emparentadas

En un mundo de lenguas emparentadas, cada una suele ofrecer un alto coeficiente de semejanza respecto de otra geográficamente próxima o vecina. Pero todas estas son maneras de decir. La bibliografía al respecto ha crecido fabulosamente en los últimos quince años. Nadie podría explicarse por qué el sardo y el portugués se parecen tanto, a pesar de su lejanía geográfica. Y es que semejanzas o desemejanzas nada tienen de sorprendente, de inesperado o de espectacular. Las lenguas pasan de unas a otras en forma gradual y apacible, así como ciertos dialectos se convierten de pronto en *lengua* (y me remito a ejemplos tan antiguos como el castellano y el toscano), tal como una etapa lingüística sucede a otra, como nos lo

prueba constantemente la visión diacrónica de una lengua. Que los manuales digan una y otra cosa está bien, porque esa es la función de los manuales: lo científico es reconocer que todas las clasificaciones son siempre provisionales, y que todavía nos movemos en el campo de lo conjeturable. En el caso de las lenguas romances todas se hallan conectadas por hilos invisibles. Y la geografía lingüística nos ha enseñado a comprobarlo desde los antiguos trabajos de Gilliéron, Pucariu, Jaberg o Rolhfs.²

En el centro de la Romania reconocemos la presencia del castellano, el catalán, el portugués, el franco-provenzal, el retorromano y el italiano, unidos todos por vasos comunicantes (manifiesto uno, otros elididos). Y en la periferia de este mundo, nos hallamos con el rumano, el sardo y el francés.³ Hay, pues, como postulaba Amado Alonso, una Romania continua, integrada por un grupo central donde destaca la homogeneidad de lo iberorrománico, y por un grupo periférico constituido por esas tres lenguas singulares e imposibles de agrupar. ¿Qué explica estas diferencias y contrastes de las lenguas periféricas? El arcaísmo del sardo y del rumano, debido a su aislamiento geográfico, y el permanente y directo contacto con las fuertes influencias extranjeras para el francés. Tenemos, además, la tardía y débil romanización del francés, aparte del trabajo vigoroso e intenso del sustrato.

La procedencia latina

Decir que el portugués deriva del latín no es sólo una afirmación de la historia y de los libros, sino que es una viva conciencia en la que se afincó mucho tiempo el orgullo portugués. Siempre se mostraron orgullosos los portugueses del parecido de su lengua con el latín. Gran protectora de los portugueses en *Os Lusíadas*, de

² Solamente quiero remitirme al excelente manual de Jean-Marie Klinkenberg, *Des langues romanes*. (Louvain, Duculot, 1994 (cf. reseña de Joachim Nengert, *RliRo*. 1996, 194-202). Y al instructivo texto de Sandra Reinheimer / Liliane Tasmowski, *Pratique des langues romanes* (Paris-Montréal, l'Harmattan, 1997 (reseña de Alexandro Niculescu, *RliRo*, 1993, 256-263). Y no quiero olvidar los trabajos recientes de Marius Sala sobre *Lenguas en contacto*.

³ No tomamos en cuenta, por cierto, el intento de A. Griera de incorporar el vasco al mundo de las lenguas romances (*Ommagio lui A. Rosetti*. Bucarest, 1965, 325-336).

Camoens, veía en la gente lusitana las mismas cualidades de los romanos:

Nos fortes corações, na grande estrela,
 que mostravan na terra Tingitana,
 o ua lingua, na qual quando imagina,
 com pouca corrupção cre que é latina
 (*Lusiadas*, I, 33, vs. 257-264)

La *Gramática* de Paulino de Souza se empeña en ofrecer largos catálogos de frases contrapuestas para defender que no existen diferencias. Muchos ciertamente exageran por cuenta de la fogosidad y el entusiasmo, pero es también cierto que todos tienen razón; y es así como el latín ha ido sutil y progresivamente empujando una que otra palabra, una que otra expresión, y pocos se han ido percatando de los reales latinismos que iban adquiriendo carta de naturaleza en la lengua nueva. Los avatares del latín lusitano y el portugués arcaico han sido estudiados por Leite de Vasconcelos, y sabemos así que el latín introducido por los romanos en Lusitania

“não pode estudar-se separadamente do do resto de Hispania ou Iberica, porque a Lusitania fazia parte d’ela, o que nau quer dizer que o nosso não contivese uma ou outra particularidade sua”
 (*Lições de Filologia Portuguesa*, (Livros do Portugal, ed. de Serafim Silva-Neto, Rio de Janeiro, 1959, p. 109)

España y Portugal eran una sola entidad en las conciencias. Lope, en la dedicatoria de *El divino africano* habla de “nuestro lusitano Camoens”. Y Camoens mismo, al recordar, en su soneto *De um tao felice engenho produzido* a los cantores del mito de Hero y Leandro recuerda a “nosso Boscao”. Tales sentimientos nada tienen que ver, por cierto, con que Portugal estuviera o no anexo a Castilla. Y tiene razón Amado Alonso cuando afirma que el hecho de que Alfonso X versificara en gallego y tantos portugueses –hasta el siglo XVII– lo hicieran en castellano “tiene por base el reconocido sentimiento de que unos y otros constituían variedades de una misma unidad espiritual” (*RFH*, IV, 283)⁴

⁴ Cuando Dámaso Alonso publica su edición de la *Tragicomedia de Dom Duardos*, de Gil Vicente, destaca tres direcciones del lenguaje vicentino: lusismo, arcaísmo castellano y

Coincidencias y disparidades

Tres rasgos sobresalen cuando nos enfrentamos a una lengua y se imponen con singular evidencia: los sonidos, el vocabulario y la sintaxis. Si nos dejamos llevar por la ‘primera impresión’ (lo que no es científicamente recomendable), cualquier inocente desconocedor de la filología postulará parentesco cierto entre el español y el portugués. Podrá depararnos sorpresas el vocabulario, y nunca tendremos clara idea de cuán caprichosa es la sintaxis. Frente a nuestro español, rasgo importante es el conservatismo; evidentemente el portugués es lengua más conservadora que el español, y no se necesita ser un lince para confirmarlo. A título de curiosidad logran ilustrarlo algunas vocales: el portugués las mantuvo tal como se las ofreció el latín: así tenemos lat. vulg. *faba* ptg. *fava*; *pratium* prado; *rotam* roda; *locum* logo; *sudorem* suor; *fummum* fumo. No ha habido, como en español, diptongación; y a lo sumo, el acento se ha revestido de mayor intensidad en la sílaba portuguesa: lat. vul. *focum* ptg. *fogo* esp. *fuego* /; *positum* /posto/ puesto; *populum* /povo/ pueblo. Y no se diga de los dolores de cabeza a que pueden conducirnos las vocales portuguesas. Tenemos que andarnos sobre aviso cuando manejamos la /e/ y la /o/. Si para nosotros el beso que *hemos dado* es ciertamente distinto del que *vamos a dar* (pues lo *di* o lo *daré*), deberemos cuidarnos de que no se nos confunda, en portugués, la oportunidad pues necesitamos una /e/ para que /*demos*/ (el que *hemos dado*), y una /e/ para el /*demos*/ (el que *vamos a dar*). Más grave sería la confusión con /o/, pues ocurre que /*fõra*/ significa ‘afuera’, en tanto que /*fõra*/ corresponde al perfecto *ha sido*. Ya se advierte, por tanto, que la similitud que muchos proclaman entre una y otra lengua es de esa de miremos y no me toques.

Pero es en el campo léxico donde suelen documentarse algunas singularidades. Hay voces que para el hablante extranjero resultan ‘representativas’ de Portugal y adquieren, así, estirpe singular y hasta timbre novedoso. Pero las hay también de insospechable alcurnia,

leonesismo. El lusismo se ve ahora iluminado por una “tradicionalidad castellanizante en Portugal”; un castellano convencional que manejan los poetas portugueses, y que es “fruto de una continuidad literaria autóctona”. Gil Vicente vive aficionado a los leonismos porque “se aproximan más que el castellano a sus hábitos portugueses”. Dámaso Alonso cree que cuando Gil Vicente escribía en castellano pensaba en portugués.

ya definitivamente incorporadas a nuestro quehacer lingüístico, especialmente acá en América y a las que tal vez convenga hacer aquí alguna alusión. Comienzo por *menina*, voz que ya un viajero alemán del XVIII calificaba, en la expresión *minha menina* como ‘dulce e inhallable’ en lengua alguna. Valéry Larbaud no tuvo reparo en proclamar que la voz *medonho* le producía estremecido asco y repugnancia vecina de la náusea, a la vez que calificaba a la palabra *beira-mar* de “vasta, sonora, grandiosa y oceánica”. Evoco estos calificativos como síntoma de la predisposición de los hablantes a descubrir en algunas voces portuguesas posibles resonancias.

La voz *saudade*

No hay palabra portuguesa tan cargada de sugerencias y tan vinculada con el mundo sentimental como esta extraña voz *saudade*, en la que se resume toda la nostalgia de varias generaciones lusitanas. A ella dedicó un memorable estudio doña Carolina Michaelis.⁵ En la expresión: *¡Quando te veria, saudade mía!* se compendian todos los sinsabores de la ausencia.

Acuerdo hubo siempre sobre su etimología: estamos ante el fem. plural del lat. *solitates*. En el siglo XV el rey Duarte aventuró sus posibles sinónimos: desde la más antigua forma *soedade* llegamos al siglo XIII a *soidade*, voz que prevalece hoy en el vulgo de Galicia y luce todavía en alguna cantiga del rey Denis. Portugal fue privatizando las formas *saudade* y *saudoso*, surgidas en el ambiente semiculto y que ganaron pronta acogida en la pronunciación letrada. Resumo las conclusiones: fonéticamente no hay cómo explicar la presencia de esta voz y debemos, por eso, ocurrir (como aconsejó precisamente doña Carolina) a la etimología popular, es decir, a algunos procesos psicológico-lingüísticos para resolver el enigma (la sustitución de *oi* por *au*), puesto que con ello no solamente se modifica la melancólica sonoridad de la palabra sino que se intensifica su significado vinculado con el mundo espiritual. Debe tomarse en cuenta aquí el uso popular de la palabra *saude-salutate*, un sustantivo culto de sentido bíblico *salutate-saludade-saluación* (‘salve’ al. *Heil*),

⁵ Carolina Michaelis de Vasconcelos, *A saudade portuguesa* (Porto, Renascença, portuguesa, 1912).

que en España reemplazó al adj. lat. *salutaris*. Este *saludade* se fue transformando en *saudade* en boca del pueblo. Era común en la Edad Media (y muchos conservamos todavía la costumbre) principiar las cartas deseándose salud (*saude*) al ausente, y lo era asimismo despedirse con *saudações* mil para el destinatario y sus acompañantes. Una carta africana de la época de Camoens, aducida por doña Carolina (op. cit., 65-66) lo ilustra con eficacia.

Con el español en América

Todavía vale la pena recalar en algunas voces de nuestro español americano. Pocos reconocerían hoy en el esp. *cachondo* el port. *cachondo* ‘embriagado’, ‘en celo’. Y cuando a un montón de cosas acumuladas llamamos *ruma* quizás ignoramos que la palabra estaba ya documentada desde 1560 por Moraes en la lengua portuguesa, con ese mismo valor. *Cardumen* llamamos en estos países nuestros a lo que los españoles prefirieron llamar durante mucho tiempo *banco de peces*.⁶ La voz aparece registrada como gallego y portugués, sugerido imperiosamente por el sufijo *-ume*. Corominas piensa que la palabra se tomó “del lenguaje de los pescadores gallegos y portugueses” y, en consecuencia, se especializó para los peces. Ya en el siglo XV Joao de Barros menciona *cardumes de gente*, habida cuenta de las varias propuestas que postulan procedencia leonesa.

Y en el gallego-portugués hay que buscar los antecedentes de nuestra *laja*, ‘piedra lisa, y de poco grosor’. El port. *lage/lagem, lagear* ‘enlosar’ es el responsable. Joao de Barros es la autoridad más antigua, en el siglo XVI. Es voz que se vino al español “como término marítimo, de navegantes” y hoy resulta voz general en América.⁷ A los refinados burgueses rioplatenses les vendría bien recordar que *mucama* es voz que el *Diccionario* de Moraes (1813) ya definía como:

“escrava que acompanha a cadeira da senhora, en que sai a rua, no Brasil e Africa portuguesa” (BAAE, XLIX, 90-91)

Y para terminar: el verbo *botar* con el valor de ‘arrojar, echar, tirar’ vivía con esa acepción en Galicia; Entre Douro e Minho; y

⁶ Martha Hildebrandt, *Peruanismos* (Lima, Campodónico, 1944, 97-98).

⁷ Vid. Hildebrandt, op. cit., 295-297.

tenemos ejemplos en Asturias, parte de Santander, y por Portugal hasta Canarias.

La Edad de Oro española

En un libro del siglo XVI, *Silvia de Lisardo* (1597) hallamos un encendido elogio de la lengua portuguesa, mezclado con una que otra condena en que se la acusa de “falta de policia, alguna grosería y por ser pobre de palabras”. A esa aludida pobreza de vocabulario se referirá Abreu de Monsinho al narrar la *Conquista del Reyno del Pegú* (Lisboa, 1617), defendiendo la idea de que la “lengua castellana parece más copiosa”. Idea generalizada: los escritores portugueses no tienen reparo en expresarse en español, sobre todo si cultivan la prosa científica o si han de incurrir en la épica. En el Canto II de su *Vita Christi*, Manuel das Povoas proclama la superioridad de la lengua castellana, pese a que defiende en español a su lengua materna:

Yo ni condeno la materna lengua
cuya elegancia y magestad admiro,
ni el uso de la agena juzgo a mengua.
De la vezina digo: a la qual miro
oy puesta en tanta perfección y alteza
que otra más bella el sol no ve en su giro.

Como lengua para la intimidad y el sosiego tiene Dávalos y Figueroa al portugués en su *Miscelánea Austral* (1602). Lengua cultivada desde adentro, para el amor exultante. Por algo hemos visto que el corazón se hace eco de que el amigo ausente ha de venir tan sólo para hablar con la amada.

El siglo XIX

El siglo XIX es ciertamente época de esplendor para la lengua literaria portuguesa. Mucho ha cambiado Europa en los mapas a principios de siglo, pero perduran algunos sentimientos lingüísticos: el hombre (y tal vez lo debemos a Goethe y a Schiller) no ha visto deteriorada su aptitud para el goce estético. Cuando Friedrich Schlegel, en 1803, resuelve aprender portugués para leer *Os Lusíadas* en su lengua original, buen conocedor, como era, del español, está asegurándonos que si ambas lenguas parecían semejantes por morfo-

logía y vocabulario, diferían ciertamente “por su índole”, de manera tal que podría admitírselas, tal vez como lenguas contrarias:

“Para toda la gama de sentimientos –desde el placer más suave a la más profunda saudade, melancolía y tristeza, no habrá modo de hallar idioma que más les convenga. Para ello el portugués dispone de términos absolutamente originales; ya por su sentido sublime, ya por su sonoridad, se insinúan espontáneamente en el ánimo”

Schlegel iba más lejos todavía: califica al italiano de “áspero y duro” y afirma que el castellano, frente a éstos, parece *grave* y hasta *nórdico*. Y culmina con esta categórica afirmación: “El portugués es el más meridional y más suave de todos los idiomas románicos modernos”. Tales afirmaciones son consecuencia de haber leído en portugués a Camoens, en cuya lengua Schlegel exalta:

“la profundidad sentimental y la gracia, la ingenuidad, la ingenuidad y la delicadeza, toda la suavidad del placer y la más impresionante melancolía. Todo ello resumido en una expresión pura, clara y simple, cuya belleza no podía ser más perfecta y cuya florescencia no podía ser más espléndida” (*Sämtliche Werke*, Viena, 1885)

Y ahora, el Brasil

Tal vez nos confirmen en estas afirmaciones schlegelianas, con todo el debido respeto a la distancia de los años, las voces con que algunos románticos brasileños acogen a la lengua madre y contribuyen, al difundirla, a consolidar en tierra americana la integración del viejo tronco peninsular.

Desde 1500 anda la lengua portuguesa en competencia con el tupí en tierras brasileñas. Todavía en el XVIII, en las zonas de São Paulo y Rio Grande do Sul, Amazonas y Pará, prevalecía el tupí, por gracia de la catequesis. Y en el portugués que se iba asentando dejaban su huella ciertamente las lenguas de los pueblos indígenas y las de algunos pueblos africanos. Más suave que el deo peninsular, el portugués iba ofreciendo en el Brasil un vocalismo diferente y así fue cómo enriqueció su vocabulario con voces que nombraban animales y plantas, prendas para vestir, danzas, bebidas y comidas propios de la nueva tierra conquistada. Tierra de paisaje la tierra brasileña, el romanticismo descubrió llegada la hora del prestigio literario

para el portugués en América del Sur. Y entre los románticos destaca la voz de Antonio Gonçalves Dias. Él hereda la voz lírica y la intención perfeccionista de la generación anterior, y por eso resulta el representante auténtico de la segunda generación romántica. Sus biógrafos se esmeran en destacar cómo por su sangre corría —además de la portuguesa de su padre—, la india y negra de su madre mestiza; a lo que cabe añadir el marco trágico de haber muerto en un naufragio, frente a la costa natal, cuando regresaba de uno de sus viajes europeos. Y si estos hechos prestan estereotipada decoración a la biografía del poeta, es únicamente porque en él el sentimiento de la tierra fue espontáneo y sincero. En la socorrida *Canção do exílio* que escribe en Coimbra, en 1843, todo ello se anuncia con ingenuidad:

Minha terra tem palmeiras

No es la tierra sentimental de la literatura, sino el amor enraizado en la historia. El amor le viene a Gonçalves Dias, como dijimos, asegurado desde los inicios de la literatura galaico-portuguesa. Sin amor no se puede ser romántico, y menos a la manera de Gonçalves Dias, que tiene mucho de aquellos llamados de amor que tipificaron las canciones medievales: *“Ah! que eu morro”*

Junto a Gonçalves Dias, merece justa mención Antonio de Castro Alves. No por capricho consigna la historia que Castro Alves muere junto a una ventana bañada por el sol, una tarde de junio de 1871, negados ya al aire sus débiles pulmones. Había solicitado que hasta la ventana lo condujeran, y el sol correspondería a su deseo de morir irradiando de puntual luz sus veinticuatro años cumplidos. Iluminada muerte para un poeta romántico. La duda contemplativa era gran aliento para quienes vieron la luz en el Brasil. Una lejana queja penetra y recorre como un aire fresco algunos de sus versos:

Stava aberta janela. Un cheiro agreste
exalam as silvas da campina...
E ao longe, num pedaço de horizonte,
Vía-se a noite plácida e divina.

Romanticismo crepuscular, ciertamente, de consagrada retórica en los manuales. Pero con una voz que reconoce acecido* propio y

garra singular. Castro Alves lo asegura con sello personal inconfundible:

É tarde! É muito tarde. O tempo é negro...
 O fogo-santo já no altar não arde.
 Vestal! nau venhas tropeçar nas piras.
 É tarde! É muito tarde!

Los viejos aires penetran esta poesía y aseguran, con la musical sonoridad de la lengua apropiada, una sugerencia de voces y de sombras. Clima lacustre y aire vespertino, con imprescindibles cisnes y lirios en la decoración, como en las esmeradas baladas victorianas:

A flor de lirio de celeste alvura
 Quer da luciola o púdico afago...
 O cisne branco no arrufar das plumas
 Quer o aljôfar do lago

Un año antes de morir, a sus 23 años de edad, en el prólogo de *Espumas flutuantes*, Castro Alves anuncia que sus versos vienen estimulados por el restallar fatídico del látigo de la desgracia, cuando no se ven impulsados por el prismo* fatídico de la ventura o del entusiasmo. No importan los lugares comunes acumulados porque en este acarrear voces ajenas la lengua se va recreando y robustece su originalidad. A Castro Alves le renovaba canto y espíritu la necesidad de exaltar la justicia y la libertad. Al producirse el levantamiento de los negros, en Palmares, el poeta se ofrece espontáneamente para luchar por los esclavos y asegurar, de ese modo, la independencia del Brasil:

Deus! oh Deus! onde estas que não respondes!
 Em que mundo, em que estrela tu te escondes
 embuçado nos céus?
 Há dois mil anos te mandei meu grito,
 que em balde, desde então, corre o infinito...
 Onde estás, Senhor Deus?

Por todo eso tenemos *saudades* de Castro Alves, y las tenemos de cuanto poeta, sirviéndose de la lengua portuguesa, nos habla de una tradición que hace pocos años se enriqueció con los viejos papeles de la Torre to Tombo, mudos testigos de una lengua significativa y

honda, cuyo prestigio he querido recrear, en memoria de una hermosa conversación que sirvió para que Alberto Escobar recreara el espíritu y alegrase el corazón.